

Seis poemas de Primo Levi

José A. Tapia Granados*

Los seis poemas de Primo Levi que siguen se publicaron originalmente en italiano en el libro *Ad ora incerta*. La versión de *Ad ora incerta* que se tomó como original para esta traducción fue la de la primera reimpression de la segunda edición (Garzanti Editori, Milán, 2004). Mi versión preliminar de estos poemas de Primo Levi no procedió del original italiano, sino de la versión en inglés (excelente a mi juicio) de Ruth Feldman y Brian Swann (Primo Levi, *Collected poems*, Londres y Boston, Faber & Faber, 1992). Esa primera versión de los poemas traducida del inglés al castellano fue luego cotejada con el original italiano para buscar la máxima fidelidad de contenido y, sobre todo, para intentar que los poemas tuvieran en castellano al menos aproximadamente las mismas connotaciones poéticas que tienen en el italiano original. La versión en castellano del poema «Plinio» que aparece aquí fue anteriormente publicada en *Panace@* (N.º 12, 2003). Las notas que constan al pie de cada poema son la traducción de las notas finales que aparecen en *Ad ora incerta*, pp. 139-140 de la edición citada. Antes de los poemas consta la traducción de la nota introductoria que, en el original italiano sin título alguno, abre el libro *Ad ora incerta*. Para la traducción de dicha nota conté con la ayuda de Vincenzo Binetti, a quien expreso aquí mi agradecimiento.

Al parecer Goethe dijo una vez que poesía es aquello que queda después de que un poema se traduce de una lengua a otra. Si eso es cierto —aunque parece hartó discutible— espero que mi labor haya dejado algo de poesía en estos poemas que, que yo sepa, salvo la excepción citada, no han sido previamente publicados en castellano.

* * *

Nota introductoria

En todas las civilizaciones, incluso en aquellas que todavía no tienen escritura, son muchos, famosos o desconocidos, los que experimentan la necesidad de expresarse en verso y, finalmente, se someten: surge entonces la materia poética, dirigida a uno mismo, a las personas cercanas o al universo, robusta o delicada, eterna o efímera. La poesía es ciertamente previa a la prosa. ¿Quién no ha escrito alguna vez un verso?

Como ser humano que soy, también yo, de vez en cuando, «en horas inciertas», he cedido a ese impulso, que parecería estar inscrito en nuestro patrimonio genético. En algunos momentos la poesía me parece más idónea que la prosa para transmitir una idea o una imagen. No sé decir por qué y tampoco me preocupa: conozco mal la teoría poética, leo poca poesía de otros, no creo en el carácter sagrado del arte y tampoco creo que estos versos míos sean excelentes. Lo que sí puedo asegurar al eventual lector es

que en momentos pocos frecuentes (en promedio, una vez al año) ciertos estímulos individuales asumen de forma natural una forma que mi mitad racional sigue considerando antinatural.

P. L.
[1984]

11 de febrero de 1946

Te buscaba en las estrellas
cuando las interrogaba en mi niñez.
Pregunté a las montañas por ti
pero me dieron soledad y breve paz
tan solo alguna vez.

Como no estabas allí, en los largos crepúsculos
consideré la blasfemia temeraria
de que el mundo era el error de Dios
y, yo mismo, un error en el mundo.

Y cuando estuve cara a cara con la muerte,
todo mi ser gritó que no,
que no había acabado todavía,
que aún quedaba mucho por hacer.

Porque tú estabas ahí ante mí
conmigo a tu lado, justo como hoy,
un hombre y una mujer bajo el sol.

Volví porque tú estabas.

Plinio

No me retengáis, amigos, dejadme partir,
no me alejaré mucho, solo quiero llegar a la otra orilla.
Quiero observar de cerca esa nube negra
que se eleva en forma de pino por encima del Vesubio,
y saber cuál es la causa de ese extraño fulgor.

Sobrino, ¿no querrás venir conmigo? Está bien; quédate y estudia.

Copia otra vez los apuntes que te di ayer.

No tienes que temer a la ceniza; ceniza sobre ceniza.

Nosotros mismos somos ceniza, ¿recuerdas a Epicuro?

Pronto, preparad el bote, ya es de noche:

de noche a mediodía, un portento nunca visto.

No te preocupes, hermana, sabes que soy prudente y que sé

* Universidad de Michigan, Ann Arbor (Michigan, EE.UU.). Dirección para correspondencia: jatapia@umich.edu

lo que me hago;
los años que me encorvaron no pasaron en balde.
Claro que volveré pronto. Dadme solo tiempo
para cruzar el golfo, observar el fenómeno y volver,
y mañana relatarlo en otro capítulo
de mis libros, que espero vivan aún
cuando los viejos átomos de mi cuerpo lleven ya siglos
girando, disueltos en los torbellinos del universo,
o vivan de nuevo en un águila, una muchacha o una flor.

¡Ea, marineros, obedeced! ¡Echad el bote al mar!

23 de mayo de 1978

Plinio el Viejo murió el año 79 de nuestra era, durante
la erupción del Vesubio que destruyó Pompeya, por haberse
acercado demasiado al volcán.

El superviviente

A B. V.

Since then, at an uncertain hour...

Desde entonces, sin que nunca sepa cuándo
la agonía vuelve,
y si no encuentra quien la escuche
su corazón le arde en el pecho.

Ve las caras de sus compañeros
lívidas en la luz del alba,
grises por el polvo de cemento,
indistintas en la niebla,
teñidas de muerte en el sueño intranquilo.
Por la noche, bajo el pesado fardo
de las pesadillas, su mandíbula se mueve,
masticando un nabo inexistente.

«Marchaos, dejadme solo, entes sumergidos,
largaos. Yo no le quité nada a nadie,
no robé el pan de ninguno.
Nadie murió en mi lugar, nadie.
Volved a vuestra niebla.
No es culpa mía que viva y respire,
y que coma, beba, duerma y me vista.»

4 de febrero de 1984

La cita inicial es de Coleridge, *The Rime of the Ancient
Mariner*, 1, 582, y el último verso una alusión a Dante (*La
divina comedia*, «Purgatorio», XXXIII, «...porque Braca
d'Oria no ha muerto aún, y come, y bebe, y duerme, y va
vestido»).

El elefante

Cavad: encontraréis mi osamenta
absurda en este lugar lleno de nieve.
Me cansé de la marcha y la pesada carga;
echaba de menos el calor y la hierba.
Encontraréis monedas y armas púnicas
enterradas por avalanchas: ¡absurdo, absurdo!
El absurdo de mi historia y el absurdo de la Historia.
¿Qué me importaban a mí Cartago y Roma?
Ahora mi fino marfil, nuestro gozo y orgullo,
noble, curvo como una luna en cuarto creciente,
yace astillado entre los guijarros del río.
No fue hecho para perforar corazas
sino para sacar raíces y agradar a las hembras.
Nosotros solo luchamos por ellas,
sabiamente, sin derramar sangre.
¿Queréis oír mi historia? Es breve.
El astuto hindú me capturó y me domesticó,
el egipcio me puso grilletes y me vendió,
el fenicio me cubrió con una armadura
y puso una torre sobre mi grupa.
Era absurdo que yo, una torre de carne,
invulnerable, suave y terrible,
forzado aquí entre estas montañas enemigas,
resbalara en vuestro hielo que jamás había visto.
Cuando uno de nosotros se despeña, no hay quien lo salve.
Un valiente cegado trató mucho tiempo
de encontrar mi corazón con la punta de su lanza.
Lívido en el ocaso, he lanzado a estos picos
mis inútiles berridos agónicos: «¡Absurdo, absurdo!»

23 de agosto de 1984

El valiente cegado era Aníbal, que según la tradición
padeció una enfermedad ocular durante su travesía de los
Alpes.

Dadnos

Dadnos algo que destruir:
una corona de flores, una esquina tranquila,
un correligionario, un magistrado,
una cabina telefónica,
un periodista, un renegado,
un hincha del equipo contrario.
una farola, una tapa de alcantarilla, un banco.

Dadnos algo que ensuciar:
una pared blanqueada, una lápida.
Dadnos algo que violar:
una muchacha tímida,
un macizo de flores, nosotros mismos.
No nos despreciéis, somos heraldos y profetas.
Dadnos algo que queme, ofenda, corte, destroce, apeste
y nos haga sentir que existimos.

Dadnos un bate o una pistola,
dadnos una jeringa o una Suzuki.

Compadecednos.

30 de abril de 1984

La niña de Pompeya

Como la angustia ajena es también la nuestra,
otra vez vivimos la tuya, niña delgada,
aferrada en un espasmo a tu madre,
como si cuando el cielo del mediodía se tornó negro
hubieras querido volver a su seno.
Era inútil, porque el aire, envenenado,
se filtró hasta hallarte tras las ventanas cerradas
de tu casa tranquila, de gruesos muros,
alguna vez feliz con tu canto y tus tímidas risas.
Han pasado siglos, las cenizas se han petrificado
aprisionando esos delicados miembros para siempre.
Así has permanecido con nosotros, como un molde de yeso
retorcido,

una agonía sin término, testigo terrible de lo mucho
que nuestra orgullosa estirpe importa a los dioses.
Nada queda de tu hermana lejana,
la muchacha holandesa aprisionada entre cuatro paredes
que escribió sobre su juventud sin futuro.
Sus cenizas calladas fueron esparcidas por el viento,
su corta vida encerrada de un portazo en un cuaderno arru-
gado.

Nada queda de la niña de la escuela de Hiroshima,
sombra impresa sobre un muro por la luz de mil soles,
víctima sacrificada en el altar del miedo.

Poderosos de la tierra, dueños de venenos nuevos,
tristes guardianes secretos del trueno final,
los tormentos que el cielo nos envía son suficientes.
Antes de que vuestro dedo apriete el botón, deteneos, y pensad.

20 de noviembre de 1978

© José A. Tapia Granados, 2005

¿Quién lo usó por vez primera?

Linfoma de Burkitt

F. A. Navarro



Denis Burkitt (1911-1993)

En esta ocasión, me ocuparé de una enfermedad descrita no en una famosa universidad centroeuropea ni en un gran hospital norteamericano, sino a orillas del lago Victoria, en pleno corazón del África negra.

Las neoplasias malignas maxilares, tanto primarias como secundarias, son poco frecuentes en los niños. Por este motivo, el cirujano británico Denis Burkitt, que ejercía desde 1947 en un hospital de Kampala (Uganda), se sorprendió sobremanera al encontrar treinta y ocho casos en apenas siete años. Y en 1958, presentó sus datos en un artículo que incorporaba el siguiente *summary*, de lo más resumido:

Thirty-eight cases of a sarcoma involving the jaws of African children are described. This is a syndrome which has not previously been fully recognized. It is by far the commonest malignant tumour of childhood seen at Mulago Hospital.

(BURKITT, D.: «A sarcoma involving the jaws in African children», *Br J Surg*, 1958-1959; 46: 218-23).

Menos de tres años después, Burkitt reunió ciento veinte casos y publicó, en colaboración con el anatomopatólogo estadounidense Greg O'Conor, una revisión completa con descripción detallada de las características clínicas y anatomopatológicas del nuevo síndrome tumoral:

In 1959 [it was] confirmed that these jaw and abdominal tumors were indeed histologically identical, that they were malignant lymphomas, and that they constituted about 50% of all malignant tumors seen in African children.

It has become increasingly apparent that these tumors may be readily recognized as a well defined clinical syndrome and moreover that they represent a distinct and unique pathological entity. We have now reviewed more than 120 cases of this disease and actually studied the histology in 106.

(BURKITT, D. y O'CONOR G. T.: «Malignant lymphoma in African children (I): a clinical syndrom», *Cancer*, 1961; 14: 258-69.

O'CONOR, G. T.: «Malignant lymphoma in African children (II): a pathological entity», *Cancer*, 1961; 14: 270-83).